



20807/ 144

Sevilla 15 mayo 1869

Sor. D. Juan E. Hartzenbusch

Mi distinguido amigo: reciba V. mi más cordial pésame por la dolorosísima pérdida⁴² que acaba de experimentar, y que he sabido por nuestro común amigo, el Sr. Bono Serrano.

Vamos quedando muy solos, amigo mío, en este valle de lágrimas, del que huyen cada día los objetos que nos han sido más caros... pero felizmente el tiempo vuela y nos lanzará muy en breve por el mismo camino, a ese otro mundo de lo desconocido, en el que una santa esperanza nos promete la felicidad, perseguida en vano, por tanto tiempo en este.

Creo que tendré el gusto de saludar a V.; a mi paso por Madrid para Francia, a mediados del próximo mes; y mientras tanto le reitero, con los sentimientos de mis más vivas simpatías, la seguridad del singular aprecio con que soy siempre de V. atts. y affma. amiga

Q. S. M. B.

G. Gómez de Avellaneda

⁴² Debe tratarse de la segunda mujer de Hartzenbusch.

PEREDA Y HANNAH LYNCH O LA PEQUEÑA HISTORIA DE UN MALENTENDIDO

Para Anthony H. Clarke

Salvador García Castañeda
The Ohio State University



El hallazgo en la Biblioteca Nacional de Madrid de cuatro cartas enviadas por Pereda a la escritora británica Hannah Lynch me decidió a darlas a la luz por su indudable interés¹, así como a examinar otros temas relacionados con ellas. Las cartas forman parte de un epistolario más extenso, que no ha llegado hasta nosotros, aunque en parte puede reconstruirse a base de las referencias que hay en ellas. Ofrecen además algunos datos sobre Hannah Lynch, un personaje tan curioso como desconocido hoy; y, a la vez, marcan la evolución desde la ruptura violenta a la restauración y mejora de una amistad entre ambos, un episodio en la vida de Pereda, que revela algunas facetas muy positivas del carácter del autor de *Sotileza*. De este modo, trataré aquí 1) Los altibajos de una amistad; 2) Pereda y la guerra de Cuba; 3) Hannah Lynch y su percepción de Pereda y de su obra; y 4) Documentos: a) 4 cartas de Pereda a Hannah Lynch, y b) «Circular», inédita, que redactó Pereda sobre aquella guerra, y cuya copia se conserva manuscrita en la Colección Vial.

A juzgar por su artículo «Un maestro español en su casa» (*El Atlántico*, 26 Noviembre 1895), Hannah Lynch conoció a Pereda en el verano de aquel mismo año de 1895. Cuenta que cuando el barco en el que viajaba hizo una breve escala en Santander, se presentó en casa de Pereda, sin anunciarse, a la hora de comer y cuando éste acaba de volver de Solares de tomar las aguas.

¹ Mss. 22526. Mi agradecimiento a D. Xavier Ajenjo, Director del Departamento de Acceso a la Información, Biblioteca Nacional, Madrid, por su valiosa ayuda para localizar estas cartas.



Aunque el encuentro está narrado por Lynch de manera un tanto hiperbólica, no hay duda de que Pereda, «impaciente caballero, proverbial esclavo de sus nervios», recibió con extrañeza e incluso con desagrado la intempestiva intrusión de aquella extranjera en la que la timidez se mezclaba curiosamente con la determinación y la osadía. Pasaron a un gabinete, y al oír aquél el nombre de la visita, la entrevista cambió totalmente de cariz: «Pereda, de buen humor, es tan atractivo, tan sencillo y de modales tan cariñosos como es imponente cuando se le disgusta». Lynch se llevó un retrato del maestro, un ejemplar de *Peñas arriba*, y no pudo aceptar las reiteradas invitaciones para quedarse a comer con la familia porque su barco zarpaba a las cuatro.

Así comenzó una amistad que dio lugar a «muchas cartas» y a un artículo en el que cuenta esta primera entrevista con Pereda, publicado primero en *The Speaker* de Londres² y que con el título «Un maestro español en su casa», apareció traducido en *El Atlántico* (26 Noviembre 1895) y luego en *El Eco Montañés* de La Habana. Poco después, *The Contemporary Review* (LXIX, 1896, pp. 218-232) publicó «Pereda, the Spanish Novelist», un largo artículo en el que Lynch reseñaba entusiásticamente la obra del autor montañés y que bajo el título «José María de Pereda», tradujo *El Atlántico* (18, 20, 21 y 22 Febrero 1896). Este artículo halló eco muy laudatorio en *La Unión Católica* [«D. José María de Pereda», 19 Febrero 1896], y en *El Cantábrico* [«De un montañés...», 17 de Febrero de 1896]. Este último, poco más que una gacetilla, recoge la noticia dada por un periódico de Madrid sobre el artículo en *The Contemporary Review* y revela el orgullo con que se veía, tanto a nivel nacional como al de la región, que «una escritora de primer orden» situase a Pereda «a la cabeza de todos los novelistas españoles». «Nos complace ver cita *El Cantábrico* a su colega madrileño —que en el extranjero se estimen en su justo valor las producciones de aquellos escritores que, como Pereda, mantienen incólume el brillo de las letras españolas, a despecho de tanto corruptor de la lengua y de la literatura patria». Y de su propia cosecha, añade que «produce, a

² Anthony H. Clarke, cita «Un maestro español en su casa», *El Atlántico*, 26 Noviembre 1895. También en *El Eco Montañés* (Habana), y publicado primero en *The Speaker* (Londres); «Pereda, the Spanish Novelist», *The Contemporary Review*, LXIX (1896), pp. 218-232; «José María de Pereda», *El Atlántico*, 18, 20, 21 y 22 Febrero 1896. Ver también *La Unión Católica* «D. José María de Pereda», 19 Febrero 1896 [sobre Pachín González y el artículo de Hannah Lynch]; «De un montañés...», *El Cantábrico*, 17 Febrero 1896 [sobre este mismo artículo] (Clarke, *Bibliografía perediana*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1974, pp. 100 y 128)

más de satisfacción grande, mayor extrañeza el ver que alguna que otra vez se nos conoce y se nos aplaude, pues la verdad es que, salvo raras excepciones, si ingleses y franceses fueran los encargados de relatar nuestras hazañas, no nos dejaban ni un hombre ilustre ni un hecho digno de fama, pues hasta el descubrimiento de América nos disputan y niegan la gran obra de nuestra colonización y todo cuanto allí hicimos.»



1. LOS ALTIBAJOS DE UNA AMISTAD

Miss Lynch debió llegar a Toledo a fines de septiembre o primeros de octubre de 1897 y pasó allí un mes [*Toledo*, 218] recogiendo materiales para el libro que estaba escribiendo sobre aquella ciudad. El 16 de Octubre de 1897 pedía información a Pereda sobre las condiciones del viaje de vuelta a París por Santander para tener así el gusto de saludarle. Y cuando éste la contestó animándola a ir, Lynch le volvió a escribir desde Toledo el 27 de Octubre indicándole que llegaría a Santander el día 31, sin darle tiempo a precisar si tal fecha era oportuna.

De hecho, resultaba inconveniente, pues coincidía con las de Todos los Santos y los Difuntos, en las que Pereda, refiriéndose sin duda al hijo muerto, «tenía en Santander varias gestiones y muy tristes, sin contar con que yo estaría ausente de aquí el lunes para cumplir un deber ineludible para mí, y superior a todos los respetos humanos» [Carta 1]. A pesar de ello, como Pereda, académico ya desde febrero de aquel mismo año, no había tenido ocasión de avisarla, acudió a la estación a recibirla, «cosa que yo hago con muy contados viajeros» [Carta 1], acompañado de José María Quintanilla y Federico de Vial.

Miss Lynch se sintió muy ofendida porque Pereda la condujo a un hotel y no la invitó a quedarse en su casa y, quizás por la ausencia de aquél al día siguiente. El caso es que se mostró groseramente despreciativa y seca con Vial y con Quintanilla, con los que al parecer se despachó muy a su gusto, y a quienes prometió que, a su llegada a París, escribiría a Pereda para quejarse y mostrar su desagrado. Probablemente dio precipitado fin a la visita pues debió dejar Santander la noche del día 1 o la mañana del 2 de noviembre.

Advertido por sus amigos de tales propósitos, Pereda se apresuró a enviar a París una detallada carta escrita en tono firme y seco aunque comedida y cortés (3 de Noviembre de 1897).

Explicaba en ella la realidad de los hechos, culpaba a su



corresponsal de injusta en sus juicios y le pedía que no se dejase llevar de «arrebatos». Aunque Pereda no cedió a los suyos, la caligrafía difícil y nerviosa de esta primera carta difiere bastante de la más legible de las tres restantes.

La carta debió cruzarse con otra «iracunda» de Lynch enviada el 6 del mismo mes desde París. Era una «descarga de improperios» en la que además de echarle en cara al destinatario cuanto vino en gana a su autora, ésta reconocía humildemente que su carácter era violento e «insostenible». Pereda estaba ya en terreno conocido: el de los trastornos nerviosos. Y así dejó pasar muchos días «de propio intento» antes de tomar la pluma el 20 de noviembre. Simpatizaba con Hannah «porque sé muy bien lo que son tempestades nerviosas» al tiempo que reiteraba con firmeza haber obrado correctamente. Concluía agradeciendo la espontaneidad de su corresponsal y quitando importancia a las injurias: «Lo dicho, sacudidas, crujidos y rechinamientos de la máquina nerviosa, detenida un instante por imaginados tropiezos. Verdaderas tempestades de verano» [Carta 2]

La respuesta, con «el ramo de oliva», no debió hacerse esperar pues el 29 del mismo mes hay otra carta de Pereda, muy amistosa, ya con algunas confidencias y en la que toma los improperios de su nueva amiga por «genialidades pintorescas».

2. PEREDA Y LA GUERRA DE CUBA

La última carta de Lynch (París, 17 de abril de 1898) a la que se refiere Pereda en la suya del 23, es de cinco meses después.

El tono de la de éste refleja una amistad sincera reforzada ahora por la actitud de la escritora británica hacia la cuestión de Cuba.

Sabido es que por aquellas fechas los Estados Unidos habían declarado la guerra a España y que el patriotismo de la mayoría de los españoles, exacerbado por la prensa, les llevaba a creer que su pretendida superioridad moral y su probado valor guerrero lograrían una fácil victoria sobre aquellos yanquis ridiculizados por su materialismo y falta de espíritu militar. Escribía Miss Lynch:

«No puedo dejar pasar estos instantes, tan críticos para España, sin mandar a V. unas líneas con la expresión de mi grande admiración por la actitud de ese país. Es tan noble, tan valiente, tan heroica, que estamos todos llenos de simpatía hacia ustedes, y todo el afecto que de antiguo les profesábamos, renace ante ese nuevo rasgo de la hidalguía castellana. Se ve que los

españoles siguen teniendo más de Don Quijote que de Sancho; y esto, en los tiempos que corren, es admirable»

Pereda quedó tan complacido con esta carta que decidió darla a conocer, e indicó a su autora que más adelante le revelaría «el uso que me he permitido hacer de una buena parte de su contenido. Es un hermoso arranque que la enaltece a usted». Y, en efecto, esta defensa apareció poco después en el *Album Patria*³.

Tanto en esta ocasión como en escritos tan anteriores como los publicados en *El Tío Cayetano* (2a. época, 1868-1869)⁴, Pereda fue contrario a la autonomía y mucho más a la independencia de Cuba, como lo fueron los Unionistas y, a nivel local, tantos otros montañeses que tenían intereses en las Colonias.

Esta carta le muestra pesaroso ante el desarrollo de los acontecimientos aunque esperanzado, basándose menos en la lógica que en aquellas razones de índole moral tan en boga por aquellos días. Tanto en la contestación a Lynch como en el texto de una «Circular» que escribió por aquellas mismas fechas⁵, lo que dice e incluso el vocabulario que emplea son muy semejantes a lo que podía leerse entonces en los periódicos y oírse en boca de los políticos gubernamentales. Por desgracia, al mes siguiente el almirante Dewey destruiría en Cavite nuestra escuadra del Pacífico y el 10 de diciembre de aquel mismo año con el Tratado de París España perdería Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Aunque Pereda había decidido dejar de escribir después de dar fin a *Peñas arriba*, mudó de propósito con *Pachín González*, impulsado por la catastrófica explosión del vapor *Machichaco*.

Estuvo a punto de hacerlo de nuevo tras la pérdida de las colonias, que le afectó del modo que puede verse en esta carta a Domingo Cuevas: «Estos inauditos desastres de la guerra me tienen atolondrado; aún no sé a punto fijo si es preferible para mí devorar en silencio en estas soledades las bilis que se le desbordan a uno de los adentros, o desfogarse despotricando contra todo lo nacido entre las gentes» (13.7.1898)⁶. Al cabo de unas semanas, en carta a Alfonso Ortiz de la Torre (23. 8.1898), le

³ J. M. de Pereda, «Al Director del *Album Patria*. Abril 21 de 1898. Santander, mayo 1898, p. 4. La carta es del 17 de abril pero aquí lleva fecha del 21.

⁴ Véanse, por ejemplo, «Lo de Cuba» del 6 de junio de 1869 o «¡A la vista estaba!» del 10 del mismo mes y año.

⁵ «Circular» que reprodujo manuscrita Federico de Vial. Va sin firmar. Según éste, «Inédito. El autógrafo en poder de D. José María Quintanilla») [1898?]. Colección Vial, *Varios IV*, pp. 299305. Santander, Biblioteca Municipal, Fondos Modernos.

⁶ José María de Cossío, *La obra literaria de Pereda en Estudios sobre escritores montañeses*, III. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1973, pp. 280





comentaba como posibilidad remota un proyecto de novela en la cual «un Quijote atropellado por la pira de cerdos (no de las de Chicago sino de las de Madrid)» regresaba a su valle nativo con ideas innovadoras y ganas de trabajar pero fracasaba ante los manejos de políticos y caciques⁷. Y, de nuevo, «hacia 1901, y de resultas de la paz de París, le pasa por las mientes la idea de hacer una «novela de los repatriados» cuyo protagonista sería «un mozarrón de Peñas arriba»⁸.

3. HANNAH LYNCH Y SU PERCEPCIÓN DE PEREDA Y DE SU OBRA

Ahora bien ¿quién fue Hannah Lynch?. Las noticias que han llegado hasta nosotros son escasas en las historias de la literatura y diccionarios biográficos que incluyen su nombre⁹. Nació en Dublín en 1862 y, desde muy joven formó parte de la «Ladies Land League», y cuando la publicación *United Ireland* fue suprimida llevó los tipos de imprenta a Francia y siguió imprimiéndola allí. Fue viajera incansable y residía en París, donde era corresponsal de la revista literaria *The Academy*¹⁰. Murió soltera en aquella ciudad, casi de repente, muy poco antes del 16 de enero de 1904 («just died»), según el *Times* de aquella fecha. A juzgar por la dedicatoria de uno de sus libros, parece que atribuía a su carácter de irlandesa un apasionado comportamiento, «my unmeasured Hibernian enthusiasms and antipathies», del que hay sobradas muestras en su relación con Pereda¹¹. Lynch murió

⁷ Cossío, pp. 282

⁸ Cossío, pp. 281. Tal actitud contrasta con la de Clarín, quien fue tan crítico de la retórica patriotería. A este respecto, véanse, Yvan Lissorgues, ed., *Clarín político*, tomo I, Université de Toulouse-Le Mirail, 1980; y Laureano Bonet, «Clarín ante la crisis de 1898», *Revista de Occidente*, 73 (abril 1969), pp. 100-119.

⁹ *The Times*, Núm. 37.292, 16 de Enero de 1904, «Obituaries», pág. 8; *The Academy and Literature*, Vol. LXV, No. 1654, 16 Enero 1904, pág. 45; John Forster Kirk, *A Supplement to Alliborne's Critical Dictionary of English Literature*, Volume II, Philadelphia: J.B. Lippincot & Co., 1891. Republished by The Gale Research Company, Detroit, 1965, pág. 1029; Anne M. Brady y Brian Cleeve, *A Biographical Dictionary of Irish Writers*, The Lilliput Press, 1985, pág. 137.

¹⁰ Brady, p. 137. La «Ladies' Land League» nació en 1880 y estaba formada por un grupo de mujeres fanáticamente nacionalistas que, encabezado por las hermanas del propio Charles Stewart Parnell, tenía la misión de recoger fondos y hacer propaganda a favor de quienes luchaban por la independencia del Irlanda. *United Ireland* (Del 13 de agosto de 1881 al 10 de Septiembre de 1898, continuador de *The Flag of Ireland*) fue un periódico independentista del partido de Parnell.

¹¹ «To Rosamond Venning», fech. «París, February, 1891», en *George Meredith. A Study*. London: Methuen & Co., 1891.

joven (tenía 42 años) y dejó una extensa producción literaria formada por novelas, cuentos, libros de viajes y de historia, trabajos de crítica literaria y traducciones. De la mayoría vieron luz varias ediciones y algunas fueron reimpresas en época relativamente reciente como *Toledo* (1970), el estudio sobre *George Meredith* (1977), y su traducción *The Great Galeoto* (1989).

Parece que se interesó especialmente por la cultura y la vida de los países del sur de Europa y dedicó libros a Grecia, a Italia, y en 1901 apareció su *French Life in Town and Country*, que tuvo, al menos, ocho ediciones. Su interés por España dio lugar a una traducción de *El Gran Galeoto* y de *O locura o santidad* de Echegaray (1895), a los artículos sobre Pereda que acabo de mencionar y al libro *Toledo. The Story of an Old Spanish Capital* (Londres: J. M. Dent, Agosto, 1898) del que salieron, que yo sepa, seis ediciones. El número de éstas, publicadas en editoriales de prestigio, y el carácter de muchas de ellas, dedicadas a los viajes, un género que fue muy del agrado siempre del público británico, debieron hacer muy conocido por entonces el nombre de aquella «muy justamente afamada escritora inglesa», como la llamó Pereda en el álbum *Patria*.

«Un maestro español en su casa» debió escribirse poco después de aquel primer encuentro entre Lynch y aquél, y todavía bajo los efectos de la fuerte impresión que hizo el «maestro» sobre ella. Parece que a pesar de «vagar mucho por la tierra del Romancero», la frase ya es reveladora, Miss Lynch tenía un concepto idealizado y libresco de España, y en el momento de conocer a Pereda vio en él la encarnación viva de sus héroes. Pereda, escribe, es «un hermoso tipo de español castizo, de mirada sombría, acuosa y penetrante, de bigote y perilla a lo Velázquez, en que el blanco más puro se mezcla con el negro intenso [...], vi y veo en él la única realización que he tenido la suerte de encontrar del Hidalgo legendario». Precisamente, aquella imagen que Pereda no quería dar.

Por eso, los datos acerca del comportamiento y del carácter de su ídolo tras esta primera entrevista podrían tomarse con cautela. Lynch consideraba el retrato que le dio Pereda «como una imagen viva de Cervantes, con toda la dignidad y dulzura suyas, la tristeza burlona, desmintiendo la sonrisa del humorista, y su típica fisonomía española...». Don José María debió calar muy pronto esta tendencia a lo fantasioso e hipérbolico en su amiga.

Y en este artículo la autora de *Toledo* se refiere a «lo que él llama mi espíritu de exageración andaluza» y, más adelante, en la primera carta reproducida aquí, Pereda lamenta «sus arreba-





tos de andaluza británica, que tan injusta la han hecho ser conmigo».

«Un maestro español en su casa» no es más que un artículo periodístico, pero de gran interés pues, aparte de los datos que da sobre esta amistad, contiene las declaraciones que hace Pereda, desde la perspectiva de los 61 años, acerca de su quehacer literario. Declaraciones que, como ha visto la crítica en más de una ocasión, también han de tomarse con cautela, ya que éste pretendió dar aquí una imagen falsamente simplista de sí mismo (que quizá correspondiera también a una visión idealizada de cómo le gustaría ser visto por los demás).

Para comenzar, se pinta como un independiente que vive fuera del ámbito literario, «no como autor en la plena acepción de la palabra, sino, sencilla y prosaicamente, como un «burgués» de aficiones literarias». Escribe «cuando no puedo resistir a la tentación, y sólo para proporcionarme ese gusto» aun cuando, como es sabido, la gestación de cada obra le produjese no pocos desvelos y su aparición no poca ansiedad ante la reacción de los críticos. Contando con la facilidad para escribir propia de los autores inspirados, asegura aquí Pereda que «cuando empiezo un libro, nunca sé en lo que va a parar, y sólo le corrijo en las pruebas. Así es que me hacen reír los críticos que me suponen ideas, plan y proyectos preconcebidos». Palabras éstas que, según Cossío, «posteriores críticos habían de tomar demasiado literalmente», y añade, «No puede admitirse esto en absoluto, y lo cierto y acreditado es que escribía sus novelas de un tirón, lo que no parece hacedero sin haber meditado sobre ellas»¹².

Pereda hace alarde de una despreocupación, frecuente ya entre los románticos (y que recuerda la de Zorrilla), e insiste en que:

«Yo nunca he madurado un plan, jamás he estudiado ni preparado tesis alguna. No busco puntos de doctrina; sólo necesito una escena y unos cuantos tipos para empezar a escribir y así comienzo una tarea que nunca dura más de dos o tres meses, a razón de doce o catorce cuartillas diarias...»

Forma parte de esta pretendida imagen el rebajar el valor de su obra literaria, hasta el punto de menospreciarla, en nombre de una invocada modestia que desmiente el final del siguiente pasaje:

¹² Cossío, pp. 127.

«¿Que cuál de mis libros considero el mejor? En mi opinión, y no por modestia, y dígame lo que se quiera, todos son malos. Puse mi mayor cuidado en *Sotileza*, pero no me gusta... No me gusta ningún libro mío, ni *Peñas arriba*, el último, cuya edición primera se ha vendido, no sé por qué, como ningún libro en España, en este siglo, pues se vendió, o le vendió mi administrador, en quince días...»



En cambio, vale más lo que dice acerca de sus personajes pues coincide con lo que dijo en otras ocasiones y con el concepto que tuvo de lo que era el realismo:

«Yo prefiero que mis personajes sean verdaderos a que sean interesantes, pues el Arte es la verdad, y según mi complexión artística así sigo con mi labor, procurando que sólo ocurra aquello que debe ocurrir entre hombres en el comercio de la vida. Sujeto a esa ley artística y trabajando con toda sinceridad, conforme a mi modo de ver, dejo al soberano público que deduzca lo que quiera de mis libros...»

«Pereda, the Spanish Novelist» salió unos meses después en la prestigiosa *The Contemporary Review* (LXIX, 1896, pp. 218-232) y a poco, traducido con el nombre de «José María de Pereda», en *El Atlántico* [18, 20, 21 y 22 Febrero 1896]. Es un artículo considerablemente más largo que el anterior y se propone ser una reseña crítica de la obra perediana. Con todo, a mi juicio, resulta de menos interés que el anterior; en aquél, Lynch aportaba datos, en éste glosa, cita, divaga y poco más. Como era de esperar, su crítica es muy subjetiva e incluso apasionada, considera a Pereda «el más universal de los modernos escritores españoles», aun «eminentemente superior a Valera y a Pérez Galdós y digno de ponerse en balanza entre Balzac y Dickens» y situado «prominentemente por debajo de Cervantes...».

Sigue los juicios del «eminente crítico señor Menéndez Pelayo», de cuyo prólogo a las *Obras Completas* de Pereda reproduce algunos pasajes. En su propia crítica, a menudo de un carácter impresionista, tiende a la descripción y a las generalizaciones. Así, «Si leís el poema de la Montaña, que es su perfecto *Sabor de la tierruca*, aspiráis en cada página el aire puro de las sierras. Si leís la novela de los pescadores, su obra maestra *Sotileza*, notareis que las páginas saben a sal como el aire de la costa...». Se deja llevar también de sus predilecciones y, en más de una ocasión, atribuye al escritor o a su obra cualidades que no



son ciertas. Anthony H. Clarke considera su «visión humana de Pereda, totalmente desenfocada»¹³.

Por otra parte, Lynch advierte atinadamente que en las novelas de Pereda, los temas sexuales brillan por su ausencia, los amorosos son superficiales y los personajes femeninos están vistos a veces con cierta dureza y pecan por vulgaridad o por presunción. También, que los defectos predominantes en sus personajes son «la estultez política y social, [...] el *deshonor*, [...] la avaricia y [...] todos los vicios que pecan contra la hidalguía». Su manera de escribir le recuerda a Stevenson y a Bret Hart, el costumbrista californiano, al que, según Lynch, admiraba Pereda «entusiásticamente», y encomia tanto sus dotes de pintor de costumbres como su estilo depurado y clásico. En cuanto a preferencias, Lynch pone en cabeza *El sabor de la tierruca* aun a sabiendas de que apenas es más que «una serie de cuadros, ligados entre sí, a cual más deliciosos» y encomia *Sotileza*, *Peñas arriba*, *La puchera* y «La leva».

Toledo, the story of an Old Spanish Capital, publicado por la prestigiosa editorial J. M. Dent & Sons, Ltd., dentro de «The Mediaeval Town Series», nos revela algo más sobre el carácter y las opiniones de aquella mujer independiente, «avezada a vivir sola y viajar sola», como escribía Pereda, que fue Hanna Lynch.

Es una sólida monografía que muestra los conocimientos amplios de su autora sobre el arte, la literatura, las leyendas y la historia de España. Sin embargo, no es un libro objetivo y a lo largo de sus páginas se nos revela Lynch como una mujer intelectual y amante del estudio, intolerante en ocasiones, apasionada y parcial en sus juicios y sin miedo alguno a expresarlos por escrito. Es una admiradora de España, cuyas virtudes alaba y cuyos defectos critica, aunque, como es inevitable, juzga siempre este país latino desde la perspectiva de una extranjera que no lo es.

Aborrece a Carlos V, a Felipe II y a la Inquisición, y se declara por los Comuneros. Defiende denonadamente a los judíos y ve en San Vicente Ferrer «un fanático medieval a quien hoy llamaríamos un demagogo, [quien] vino a Toledo en 1405, en su famosa cruzada contra la desdichada raza» (238-239). Feminista *avant la lettre*, alaba la inteligencia aguda de las mujeres españolas y lamenta que quienes tanto pueden ofrecer tengan un

¹³ Anthony H. Clarke, *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1969, pp. 102 y 111.

papel subalterno en una sociedad en la que no pueden hacerse oír.

Hannah Lynch estaba dotada de fina ironía, extraordinaria sensibilidad, agudo sentido estético y buen gusto que se reflejan en su manera de enjuiciar obras de arte, paisajes y ambientes.

Llevada de su amor a la belleza y al pasado rindió culto a lo arcaico y rechazó con disgusto una realidad que no correspondía a lo imaginado por sus deseos. Vayan aquí dos breves imágenes de su visión de Toledo, tan cercanas a las de los grabados románticos [La traducción es mía]:

«...una encantadora noche de luna, cuando Toledo toma la apariencia espectral y fantástica de una sombra blanquecina salida de un sueño, en cuyo fugaz resplandor se pierde la realidad en misteriosa belleza...»¹⁴.

«Así debió parecer Toledo, aparte de la luz eléctrica, cuando se escribió la última página de su historia íntima. Tan ocre y tan árida como ahora, con el aspecto austero, el alarde de recia arquitectura, el aire de romántica elegancia y de vivir un sueño encantado que exhala con su aspecto melancólico y legendario y con sus desconsolados recuerdos. Tan semejante debió ser en sus días de más alta gloria, bajo el dominio gótico, el triunfo saraceno y las revueltas feudales»¹⁵.

La atracción por el Greco, presente ya en Bécquer, se manifestó antes del 98 con la cruzada de Santiago Rusiñol contra el escepticismo general de artistas y de críticos para dar a conocer su obra y que culminó con la llegada en procesión triunfal a Sitges de dos cuadros del Greco¹⁶. Contemporáneamente expresaba también Lynch su entusiasmo por la pintura del Greco, a la vez exaltada y enfermiza, en la que veía representada Toledo, la *ciudad muerta*, de los místicos y de los caballeros. Como se recordará, el mito de Toledo-El Greco será poco después, uno de los temas imperantes para modernistas y gente del 98¹⁷.

¹⁴ «...one lovely moonlight night, when Toledo takes on its spectral and fantastic aspect of white shadow-worked dream, a thing of elusive radiance, wherein reality is lost in mysterious beauty» (p. 253).

¹⁵ «So precisely must Toledo have looked, barring the electric light, when the last page of its intimate history was written. Just so brown and barren, with its front of unflinching austerity, its stern wealth of architecture, the air of romantic elegance and charmed slumber it breathes upon sadness, with its look of legendary musing and widowed remembrance. So unchanged, must it have been in its great day of hieratic glory, of Gothic rule, of Saracen triumph and of feudal revolt» (p. 4).

¹⁶ Josep Pla, *Santiago Rusiñol y el seu temps*. Barcelona: Ediciones Destino, 1981, pp. 147-159.

¹⁷ Véanse los artículos de Laureano Bonet, «El Greco, Toledo y Valle-Inclán: unas





Pienso ocuparme de Hannah Lynch en otra ocasión y con más espacio, pues creo que su curiosa personalidad y su obra merecen más atención de los estudiosos. El nombre de esta apasionada irlandesa debe figurar sin duda a la par del de los hispanistas británicos, una casta selecta que, a veces con imparcialidad y a veces sin ella, ha escrito sobre España con entusiasmo siempre y en muchas ocasiones con cariño.

4. DOCUMENTOS:

[1]

Santander, Nov. 3/ 97

Miss Hanna [sic] Lynch:
París

Muy Sra. mía, por no atreverme ya a llamarla amiga: en la duda de si se habrá V. arrepentido de su premura de escribirme en cuanto llegara a París, me adelanto yo con estos renglones que debe conocer V. Según me informaron estos amigos Sres. Quintanilla y Vial, para que me sirviera de gobierno, el lunes les dijo V. cosas muy duras de mí, creyéndose lastimada por una injusta [?] falta de cortesía. Se ha necesitado que sean ellos los informantes para que yo me haya atrevido a creerlo: tan injusto y fuera de toda razón y conveniencia lo considero. Y allá van las pruebas, comenzando por el cuento de la sopera / que V. quiso aplicarme engañada esa vez por su agudo ingenio. En carta del 16 de Oct[ubr]e y después de darme noticia de su llegada a Toledo, ocupaciones, etc., me decía V. que si no hiciera aquí mucho frío y no fuera el camino muy largo para Santander, Bilbao y Zumárraga, lo aprovecharía V. para su vuelta a Francia por el gusto de verme. Respondí a ésta que el camino no era más largo que el otro, que el tiempo era aquí primaveral, y grande mi deseo de verla a Vd. Por último, el 27 me anunciaba V. su salida de Toledo para el 30, que llegaba a Santander el 31 al mediodía. Si entonces hubiera habido tiempo de que llegara a manos

páginas de *La lámpara maravillosa*, *Insula*, 476-477 (julio-agosto, 1986), pp. 3 y 22; «El Greco como tópic literario de *La lámpara maravillosa*», en John P. Gabriele, ed., *Genio y virtuosismo de Valle-Inclán*, Madrid: Orígenes, 1987, pp. 139-150; y «*Diario de un enfermo*, de Azorín: el momento y la sensación», en John P. Gabriele, ed., *Divergencias y unidad: perspectivas sobre la generación del 98 y Antonio Machado*, Madrid: Orígenes, 1900, pp. 81-97.

de V. en Toledo la carta, yo se la habría escrito para decirle que o anticipara la salida, o la retrasara un par de días, porque [palabra tachada] tenía / en Santander varias gestiones y muy tristes, sin contar con que yo estaría ausente de aquí el lunes para cumplir un deber ineludible para mí, y superior a todos los respetos humanos. Pero como ya no valía, por falta de tiempo esta explicación, esperé a que V. llegara, acudí a la Estación del Norte a recibirla (cosa que yo hago con muy contados viajeros) procuré que me acompañaran dos de mis preferidos amigos para que la fuera más soportable la aridez de mi compañía; nos pusimos los tres a sus órdenes; la dejamos instalada en un hotel de mi confianza después de lamentarme de la ansiedad [?] que me producía mi forzado viaje del día siguiente, de decirle, en fin, verbalmente, lo que la hubiera dicho por escrito en la carta consabida; acordamos el plan para la tarde, y hasta hubiera jurado yo que éste le / había resultado a V. tan agradable como resultó para nosotros. De vuelta de la excursión nos despedimos de V. a la puerta de la fonda, creyendo de buena fe que estaba V. deseando acostarse para descansar tan pronto como comiera, y teniendo presente además que el principio esencial de la buena cortesía española consiste en no ser molesto a nadie. Y esta fue nuestra gran equivocación, por lo visto. Pero si V. deseaba que la acompañáramos durante las primeras horas de la noche, ¿por qué no nos lo dijo y lo hubiéramos hecho con sumo gusto, y ya que se lo calló ¿por qué me culpa a mí de la soledad en que la dejamos por un exceso de consideración y respeto a su persona, inglesa además, y doblemente respetable en su proverbial rigidez de costumbres? Apunta V., por lo visto, en su *memorial de agravios*, otro que se relacionaba con las señoras de mi familia (escuche lo que aquí dice [?]); y / este cargo, no es el que menos me ha dolido por su índole especial, tras de ser el más infundado de todos. Creía yo (y va de equivocaciones) que con la vida independiente que V. hace, avezada a viajar sola y vivir sola, presumiendo pues que era deleite y patrimonio de muy pocas y privilegiadas mujeres, había de preferir la libertad de un hotel a la esclavitud ceremoniosa del hogar de una familia desconocida para V., y la compañía frecuente de unos amigos coparticipes en sus aficiones literarias, al trato común y corriente de unas personas casi extrañas a esa región de quimeras y visiones, casi casi extra terrestre, y he aquí por qué, creyendo acomodarme a sus gustos, ni siquiera de ceremonia la ofrecí a V. la hospitalidad de mi casa, donde hubiera sido muy bien recibida. Esta es la verdad de los hechos minuciosamente referidos; y ahora dígame por qué lado de ellos





encaja el cuento de la / sopera, ni qué prueba le ofrece a V. que contradiga la sinceridad de mi deseo de verla a su paso para Francia.

Entre tanto, V. que me censa de incivil y casi casi de embustero, no reparó que, sin ser dechado de cortesía y de tolerancia, mis amigos Vial y Quintanilla, no hubieran vuelto a ponerse a sus órdenes el domingo por la tarde, después de la sequedad y aparente menosprecio con que V. los recibió por la mañana, y por último que, según referencia del segundo, pasó en todo los límites de lo desdeñoso y... la despedida que V. le hizo en la estación del ferrocarril, como si tuviera la menor culpa de las supuestas frialdades de que tan duramente me culpaba V. a mí. Esto no se lo digo a V. por mortificarla ni porque quite ni añada una tilde al juicio que tengo formado / de V. desde que la conocí, sino para que lo tenga todo presente en sus arrebatos de andaluza británica, que tan injusta la han hecho ser conmigo otra vez más; y en suma porque creo que, mejor que a mí el cuento de la sopera, es ahora aplicable a V. esta moraleja de una fábula muy popular en España:

procure ser en todo lo posible
el que ha de reprender, irrepreensible.

Escuche pues, al buen erudito que de nuevo ha puesto en duda; no me quiera mal por tan pequeña como imaginaria falta y cuide mucho sobre todo el que tengan más fundamento las quejas que tiene de los canónigos toledanos, que las que le ha merecido su affectísimo admirador y amigo q. l. b. l. p.¹⁸

J. M. de Pereda

¹⁸ Las quejas en cuestión aparecieron así en su libro *Toledo*:

Los canónigos, esos incorregibles autócratas de la ruinosa Toledo, que están tan deliberadamente al borde del olvido y del oscuro abismo de la ignorancia, han cubierto las bellas puertas de bronce de la Puerta del Reloj de la catedral con una odiosa mampara de madera. Cuando pregunté a uno de ellos lo que significaba tal adefesio, me aseguró tranquilamente que para evitar las corrientes de aire pues durante el invierno este inmenso bosque de piedra es muy frío

[...]

Y así, todo lo demás, en manos de esos terribles canónigos, a quienes no les importa más que su comodidad y conveniencia. La famosa biblioteca arzobispal que la República había sabiamente declarado propiedad del Estado, fue devuelta por Alfonso XII a los canónigos con el entendimiento de tenerla abierta al público. Pero éstos trancaron las puertas, y si alguien quiere verla le dicen que el bibliotecario tiene las llaves y está en Madrid, de donde no volverá en quince días. Durante el mes que estuve en Toledo recogiendo material para este libro, me enviaron de un canónigo a otro, y todos ellos «lo sentían muchísimo» pero me aseguraban con indiferencia que me sería imposible entrar

[2]

Santander, Nov[iembr]e 20 / 97

Miss Hannah Lynch.
París



Implacable *enemiga* mía: No atribuya V. a enojo ni a vacilaciones de ninguna especie mi tardanza en contestar su carta del 6.

De propio intento he dejado pasar tantos días sin darme por entendido de aquella descarga de improperios, porque sé muy bien lo que son tempestades nerviosas. Dando por hecho que todo habrá pasado ya, escribo a V. estos renglones para muy poco más que avisarla el recibo de las suyas, que me volvieron el juicio del revés, buscando el rumbo de las páginas que iban formando. Tan iracunda estaba V. al escribirlas. Por eso no me / dolían las durezas de su pluma.

Estaba yo más seguro de no merecerlas que lo estaría V. de tener razón cuando tan mal me trataba.

Para afirmarlo así, me fundo en la tranquilidad de mi conciencia, y en la declaración espontánea y generosa que V. me hace de que acepta para sí el texto que me transcribe de Paul Bourget, y de que tiene un carácter «insoportable». No creo yo tal cosa; pero recojo la espontaneidad como testimonio y demostración del poco juicio con que discurre y se expresa uno en determinadas situaciones del ánimo.

Lo dicho, sacudidas, crujidos y rechinamientos de la máquina nerviosa, detenida un instante por imaginados tropiezos. Verdaderas tempestades de verano. /

En mi carta anterior tiene V. cuantas explicaciones necesita en justificación de mi conducta, si se hace V. cargo de ellas con entera tranquilidad de espíritu; y como esto ya lo habrá hecho, no hay para qué añadir otras aquí. Si me equivoco en estos supuestos, tanto peor para V. de quien tiene muy distinta y mucho más alta idea, su siempre buen amigo y S. q. l. b. l. p.

J. M. de Pereda.

en la biblioteca. El Penitenciario estaba en Madrid. Y a juzgar por lo que les importaba a los demás, bien podía quedarse allí seis meses, con las llaves de la biblioteca (217-218). [La traducción es mía]

[3]

Santander, Nov[iembr]e 29 / 97

Miss Hanna [sic] Lynch. París.



No hay para qué ni por qué lamente yo la llegada del «Barambio» a este puerto en la ocasión que V. cita. Al contrario: la vida sería insoportable si todos los sucesos de ella vinieran acomodados a un molde convenido y por un mismo carril. «En la variedad está el gusto», dice un proverbio español; y yo le he tenido muy señalado en estimar lo que V. representa entre la larga lista de «admiradores» que voy conociendo de aquende y de allende las fronteras españolas. Todos me han dicho las mismas cosas y en un mismo tono al saludarme, durante la conversación y al despedirse, y cuando me / han escrito después...los que no se han olvidado de mí. V., por sus genialidades pintorescas, ha venido a romper esa fastidiosa y rutinaria monotonía. ¿Cómo no felicitar me de los improperios que me ha dicho, creyéndose enfurecida, sin estarlo realmente? Y si yo fuera capaz de engreirme con algo en este pícaro mundo sublunar ¿qué mejor motivo para ello que esos *rencores* que la arrastraban a V. a aborrecer a todos los españoles porque uno solo de ellos, yo, no había resultado tan obsequioso y cortés como V. se lo había imaginado? En fin, Hannah, ni lo de Troya. La prueba la tiene V. en la «novela» que, con materiales suministrados por V. misma, forjó el donoso y maleante / Capitán de húsares del Castillo de Dampierre. Nada más puesto en su lugar que el cuadro, tan exquisitamente *francés*, que la hizo a V. llorar de risa, y a mí poco menos.

Bromas aparte, es lo cierto y principal que V. me ofrece el ramo de oliva, tras una guerra imaginaria, o, como el de la paloma de Noé, en señal de que las aguas desbordadas han vuelto a correr mansas y tranquilas en sus ordinarios cauces. No esperaba yo menos porque es acto de justicia; pero así y todo, muchas gracias, y «pelillos a la mar» como por aquí decimos.

Ahora, y en la seguridad de que soy mucho mejor que mis cartas (y perdone que por segunda vez corrija el texto de la suya última), ordene y mande a su am[ig]o_q. b. s. p.

J. M. de Pereda

[4]

Santander, abril 23 / 98

Miss Hannah Lynch



Mi distinguida amiga: por más de una razón he recibido con singular aprecio su carta del 17; y dentro de algunos días le diré a V. el uso que me he permitido hacer de una buena parte de su contenido. Es un hermoso arranque que la enaltece a V. y yo agradezco en el alma lo que me alcanza de él, y la envío un aplauso en nombre de esta patria desdichada, digna de mejores destinos por las virtudes que V. la reconoce. No hay memoria de un atropello semejante al que acaba de cometer con ella esa Nación / de innobles mercaderes, sin escándalo ni protestas de los gobiernos europeos, verdaderos Sanchos *cujus deus venter est*. Por fortuna nos sobra de alma lo que nos falta de dinero y [una palabra tachada] haremos nuestro deber ahora como siempre.

Admiraría V. doblemente el carácter español si pudiera ver lo que pasa entre nosotros desde que se nos declaró la guerra. Esto es una locura de entusiasmo, que consuela y engrandece el espíritu. Con ello, la razón que nos asiste y la arraigada confianza que tenemos en la justicia de Dios, se va muy lejos.

Recibí puntualmente el cuaderno de la revista *The Idler*¹⁹ en que se publica el primer capítulo de *Toledo*. No acusé recibo porque / esperaba la continuación para formar de ese trabajo de V. la idea que no puede formarse por aquellos preliminares.

Me pregunta V. si deseo un ejemplar de su libro, próximo a aparecer. ¿Cómo ha podido V. dudarlo? Esto sin contar que me le tenía prometido. También se lo agradecerán Galdós y Menéndez Pelayo. Las señas del primero son: Paseo de Areneros, 46, y las del 20, Calle del León, 21, 20. izda., ambos en Madrid.

Siempre de V. buen amigo y admirador q.l.b.l.p.

J. M. de Pereda

¹⁹ El artículo al que se refiere aquí Pereda es «Toledo, the Imperial City of Spain», *The Idler* (Londres) Vol. XIII (1898), pp. 251-258. Va acompañado de alguno de los grabados de Helen M. James que aparecen en el libro *Toledo* pero el texto no es el del primer capítulo sino una descripción muy resumida de la ciudad. Mi agradecimiento al Prof. David T. Gies por facilitarme el texto.



La junta que suscribe cumple con el primero de sus deberes haciendo saber a los nobles hijos y habitantes de esta provincia que desde esta fecha queda constituida conforme a lo dispuesto en el artículo Sto. del Real Decreto de 14 del corriente mes; y que es su cometido auxiliar a la Central, creada en Madrid, según el mismo Real Decreto para recaudar en nombre del Gobierno de la Nación «los donativos en metálico y en especie, los productos de rifas y espectáculos, y en general todas las cantidades y efectos que por cualquier concepto entreguen voluntariamente los particulares, funcionarios, sociedades y corporaciones» para acrecentar con ello el tesoro público y ayudar al alivio de las grandes necesidades de la Patria en estos días de dura y amarga prueba para ella.

Un pueblo que se conceptúa fuerte porque es rico y desalmado, contra toda justicia, contra todo derecho y faltando con el mayor cinismo a la amistad jurada, se inmiscuye en nuestros asuntos interiores, y nos declara la guerra brutalmente cuando nos considera desangrados y empobrecidos con la que estamos sosteniendo contra una rebelión de foragidos a quienes él ampara y favorece.

No hay razón que le convenza de que va contra la ley en sus propósitos, ni concesión honrosa a que nos neguemos en bien de la paz, invocada por él mismo, como pretexto de su conducta desleal. Se cree el más fuerte de los dos, ambiciona lo que es nuestro, aspira a su conquista, y nos obliga con ello a defenderlo con la vida y con la hacienda, porque es ya la honra nacional para nosotros, consumado sin asombro ni protesta de otros pueblos este inconcebible ultraje al derecho universal; sola y desamparada de todos, menos de Dios en quien cree y de quien espera la justicia que parecen negarle los hombres, desenvaina España el acero de sus grandes victorias, y sin contar los enemigos, entra en ese duelo a que se la arrastra inicuamente decidida a triunfar en la defensa de la integridad de sus dominios o a morir en el empeño.

Despojado de hojarasca retórica, y de tornasoles y convencionalismos de cortesías diplomáticas, que ya no hay para qué respetar, tal es el cuadro que tiene ante sus ojos, días hace el pueblo español. ¿A qué agraviarle con el recuerdo de su deber para que repare en él, estime la magnitud del trance en que nos hallamos y cumpla como bueno? ¿Qué otro pueblo ha sabido hacer

nunca en casos tales mayores sacrificios? ¿Quién como él sabe y ha demostrado con hechos frecuentísimos que nuestra hacienda y nuestra sangre son de la patria cuando la patria las necesita, como ahora?

En testimonio de que ya está dispuesto a hacer nuevos y mayores esfuerzos, sin que nadie se los haya pedido, ya han cesado como por encanto las pasiones y divergencias de partidos y banderías *dentro de casa*; ya no hay en ella más que españoles, más que hermanos, estrecha y cariñosamente unidos en un abrazo, a la sombra de la bandera nacional que se ha paseado triunfante y coronada de gloria, por todas las regiones del mundo: uno solo es el enemigo y una la aspiración de todos: el extranjero rapaz, el pirata norteamericano, y la lucha por la integridad, la independencia y el honor de la patria. Y aun es más que todo esto, tan sagrado para nosotros, lo que ha de ventilarse en la ruda y desigual contienda. Nuestra causa es además, la protesta armada del débil contra el fuerte; de la justicia contra la arbitrariedad; de la civilización bien entendida, contra la soberbia de un tirano embrutecido con la borrachera del oro mal ganado; es en fin, la causa de todos los hombres de bien del mundo entero contra imposiciones y descomedimientos de la canalla ambiciosa y engreída. Pues bien; para sostener y auxiliar a España en este hermoso empeño, que no por desgracia sino por fortuna, le ha cabido en suerte; para ayudar a nuestro incomparable ejército, a nuestra heroica marina, a tan largas distancias, en tan remotas tierras y a través de tan dilatados mares, se necesita, amén del entusiasmo y de la admiración con que hemos de acompañar a aquellos valientes, dinero ¡mucho dinero! que no ha de faltarnos, de seguro vendrá ¿quién lo duda? con el espléndido donativo del acaudalado hasta la peseta del obrero y el céntimo del mendigo, al fondo común destinado a tan sagradas necesidades; y estos donativos se repetirán cien veces, si fuese necesario, porque llegará a ser entre sus hijos título de honra, sacrificar los placeres de la mesa y del vestido, en aras de la madre común, en los altares de la patria.

Así vencen los pueblos generosos cuando pelean por su independencia y sus derechos; y si caen en la lucha a pesar de ello, caen con gloria, ceñidos de laureles, reverdeciendo con su sangre la de sus antepasados, y dejando a los venideros el perdurable ejemplo de su heroísmo como Numancia, Trafalgar y Zaragoza.

